

Sí. Regresé. Me costó mucho trabajo regresar, pero regresé. Estaba en la Universidad de Humboldt (California) dando clase, entre otros, a mi amigo José el chicano, que ya casi a sus cincuenta años empezaba a aprender a leer y a escribir en español. Decía que tenía el cuerpo cosido a puñaladas, debido a trances de su vida pasada —que no quería ni recordar—, pero se había enamorado de una maestra de escuela que vivía cerca de un viejo apeadero del Oeste. Allí también tenía la escuela. El apeadero tenía todas las reminiscencias del viejo Oeste. Era un encanto la maestra, tanto como la escuela, el apeadero y José, que a sus casi cincuenta años, como he dicho, quería ser también maestro de escuela. Yo, viéndolo a José enamorado de su nuevo camino, le enseñaba las primeras letras de la lengua de Cervantes, con todo mi cariño, es más, con toda la ilusión de que llegara a ser maestro y diera clase, como su mujer. Pero llegó aquella carta de España y me dispuse a regresar. Venía firmada por Fernando Lázaro Carreter. Escrita desde la Universidad de Salamanca. Me insinuaba en la carta que se iba a crear en esta Universidad nada más y nada menos que el primer Departamento de Drama en una Universidad española. ¿Cómo no regresar? Pensaba y pensaba, sobre todo, ¿cómo estaría España ya? ¿Habría progresado el país o me vería encarcelado otra vez en él? Qué de ilusiones. Qué de esperanzas me sugirió aquella carta. ¿Qué hacer? Cuánta duda tuve para abandonar Estados Unidos y regresar a España. Volví los ojos atrás y me acordaba de todos los hispanistas que tanta amistad me dieron. ¿Encontraría esta clase de amistad en España? Me acordaba de todos mis alumnos norteamericanos con imborrables y hermosos recuerdos. Me acordaba de los no menos hermosos rincones del país norteamericano por donde había pasado: San Francisco, sus tranvías y sus hermosísimos teatros de la calle Gaery; Sausalito, donde los hippies del tiempo tejían y destejían sus ilusiones, como Penélope, la que esperó siempre a su amado Ulises. Me acordaba de la cárcel de Alcatraz, por aquel tiempo llena de indios rebeldes pidiendo su libertad, hartos de tantas humillaciones y desprecios. Recordaba el Golden Gate, tan alarmantemente rojo; recordaba Nevada con la ciudad de Las Vegas y sus casinos, sus aceras alfombradas, sus letreros luminosos, día y noche, dando entrada a las salas de juego donde se veía a muchas personas viejas, tal vez olvidando su vida pasada y jugando en las ruletas para olvidar mejor, quizá como los que desean volver a vivir una nueva vida, o como los que desean y piensan seguros que la vida no se les irá nunca. Inolvidable todo el oeste norteamericano, desde las misiones fundadas por fray Junípero Serra hasta los lagos plateados del Estado de Washington, pasando por Oregón, con sus árboles de ramas color ceniza brillante. Y, ¿cómo no?, recordaba a Nueva York, donde había subido a la Estatua de la Libertad, como buen turista, para admirar lo inimaginable de luces y vidas.

A pesar de todo, había infinidad de cosas que no había visto todavía de aquella tierra que me estaba encarcelando día tras día... pero ¿no iba a regresar a mi España? Si re-

gresaba otra vez para sufrir, bueno. Era mi país adonde iba a dejar todo lo aprendido en Estados Unidos, aportando lo poco que pudiera. Qué días aquellos. Hasta que decididamente compré el billete de avión y regresé sin querer mirar para atrás. ¡Me había dejado tanto sin hacer todavía! Dejaba al pobre José en la estacada... Pero ¿dónde trabajar mejor? Tanto tener que hacer sin saber dónde... Al entrar al aeropuerto, una azafata llegó y me dio una carta. La carta tenía dentro una especie de cartulina doblada formando cuatro recuadros o tarjetas postales encabezada con el dibujo de una rosa roja. Después, nombres y nombres de alumnos diciéndome «adiós». Ni ellos se habían podido despedir de mí, ni yo de ellos. ¿Qué hacer ya? Los altavoces del aeropuerto llamaban. Tenía que coger el avión. No sabía si besar aquella cartulina-recordatorio, si mirar para atrás... No sabía nada. Nada. No tenía ni lágrimas. Cogí mi maleta y, haciendo un gran esfuerzo para que nadie observara mi lucha, subía al avión. Al poco despegó. Me iba de uno de los lugares mejores en que había vivido, para llegar otra vez, con muchas dudas, aquí: a esta España donde esperaba progresar y dar al mismo tiempo, como ya he dicho, todo lo que había aprendido. ¿Llegaría a dárselo? ¿Llegaría el progreso esperado?

• Sí. Salamanca es muy hermosa. Está llena de historia y de belleza por todas partes. Frente a lo que fue Hospedería en la época de Quevedo, habían construido el Aula Juan del Enzina para dedicarla al teatro. Qué sueño. Allí empezaría a nacer el primer Departamento de Drama creado en una Universidad española. Cuántos sueños nacieron en aquel aula y, sobre todo, en las tablas del escenario construidas para realizar cientos de proyectos con los estudiantes. Nada era nuevo: en la llamada Universidad Vieja, donde, además de encontrarme con las Aulas de Fray Luis de León, Unamuno y el padre Vitoria, me volví a perseguir la ilusión norteamericana: hay un sequoia en el centro del patio, regalo de la Universidad de California. Allí estaba también, como uno más de los que ha-

EL REGRESO

Por José MARTÍN RECUERDA



Martín Recuerda
Escritor

bía visto, en el norte de California, a orillas del océano Pacífico, donde tanto paseé por sus playas entre buscadores de ágatas y made-

ras pulimentadas por el mar. Estados Unidos siguieron persiguiéndome, y siempre que paso por el viejo patio de la Universidad salmantina me invaden los recuerdos de tanto como traje aprisionado en mis sentidos. Después supe que en aquel patio se hacía en los siglos XVI y XVII teatro escolar. Trabajaban todos, rectores, doctores y alumnos, desde la investigación de textos de Séneca, Plauto y Terencio, interpretación de los mismos, hasta la construcción del escenario. Así se perfeccionaban en la lengua latina y accedían, directamente, al pensamiento de los autores clásicos. Entre ellos hubo gente inolvidable como Fernando de Rojas, Fray Luis de León, el ciego Salinas y otros muchos.

Yo explicaba todo esto en mis clases, con la esperanza de llegar a momentos semejantes, pero aquellos momentos no llegaron. Fui dándome cuenta de la indiferencia de las personas que

nos podían haber protegido. Me dejaban solo, sin las ayudas necesarias; pero, eso sí: conté con el entusiasmo, el trabajo y hasta el sacrificio de los estudiantes, así como con la colaboración de la gente de teatro tanto española como extranjera, con lo cual la cátedra Juan del Enzina llegó a tener el prestigio que una Universidad de tradición humanística merecía, a pesar de que sus autoridades académicas y profesorado siempre fueron y son ajenas, cuando no hostiles, salvo raras excepciones.

Cuántas veces salí y entré por la puerta de la Universidad Vieja con la cabeza baja, casi sin querer ver nada. Y todo esto fui extendiéndolo hacia la situación española en que vivía, hacia aquella España que soñaba y tanto iba a decirle, pero la veía igual. Y casi la sigo viendo igual. ¿Despertaremos de nuestra pobreza? ¿Hay alguien que crea que culturalmente España progresa? Cuánto tendríamos que hablar de esto, porque existen muchas mentiras encerradas en esos culturalistas de pesebre que creen inventarse un país como el nuestro: grandioso en un tiempo, indomable en otro y caído ahora en vanos sueños de mercachifles, tanto políticos como universitarios. Sin embargo, quiero el bien para todos. Digo esto muy de verdad, pero todavía me pregunto por qué regresaría al país que sé que no tiene la solución esperada. Así es. Por todas partes me encuentro con equivocaciones, enredos, intereses particulares, desamores, papanatería de provincia neocolonizada y cientos de razones más que me hacen mirar el solitario sequoia de la Universidad Vieja salmantina porque me siento tan solo como él. Así fue mi regreso. Qué sueños tan en derrota en el glorioso patio de la Universidad salmantina. Qué pena de la Universidad española. ¿Podrán otros levantar el pasado glorioso? Yo sólo quisiera ya, como aquellos de los que hemos hablado, buscar ágatas a las orillas del océano Pacífico.

LA PUBLICIDAD

La Publicidad le informa.
Le pone al día de las últimas novedades. Recuerde que la decisión de compra siempre la toma usted.

